

JUAN ZARAGÜETA Y BENGOCHEA (*)

VOCABULARIO
DE SENTIDO COGNOSCITIVO DE SER
Y ESTIMATIVO DE VALORES

(*) A título póstumo y como homenaje a la memoria de D. Juan Zaragüeta, se da cabida en estas páginas al trabajo que, forzosamente ausente ya de la actividad académica, presentó el autor a la Corporación, como tributo de una colaboración que mantuvo su constancia hasta los umbrales de la muerte.

Vocabulario de sentido cognoscitivo de ser y estimativo de valores

por el Académico de número y Secretario perpetuo

Excmo. Sr. D. JUAN ZARAGÜETA Y BENGOCHEA

Desde el principio del siglo XIX, con Lotze, viene abriéndose paso en la Filosofía el concepto de *valor*, relativamente contrapuesto al de *ser*, hasta tal punto que, a propuesta de Windelband, se viene constituyendo la Filosofía en dos ramas, una que considera los seres, llamada de tiempo atrás, *Ontología*, y otra, los valores, bajo el nombre de *Axiología*.

Pues bien, ambas perspectivas se reflejan en el vocabulario con tal relieve que bien merece que las consagremos una conferencia, en la que me propongo destacar unos cuantos botones de muestra del vocabulario designativo de los seres y de los valores, así como del vocabulario mixto significativo de realidades valoradas y de valores realizados.

I

Para entrar rápidamente en materia, aduciré el ejemplo de *casa*, que significa una realidad de recinto cubierto en el que se preservan de la intemperie personas y cosas; y los adjetivos *grande*, *buena*, *bella* o *cómoda*, que significan valores, y la palabra *palacio* aplicada a designar una casa grande, bella y cómoda, o sea, una realidad valorada. Unos y otros, seres y valores, pueden afectar a los objetos, a los actos y a los sujetos de la vida

humana; considerados como seres, se ofrecen a la función cognoscitiva del pensamiento, y considerados como valores, a la función estimativa. Los antiguos no dejaron de reconocer esta última bajo el nombre de afecto, sentimiento o apetito, ni tampoco los valores, bajo el nombre de bondad y hasta de belleza, pero veremos la insuficiencia de estas denominaciones para significar el mundo de los valores. Designo con el nombre de *positivo* el vocabulario de los seres, y con el de *ponderativo*, el de los valores. Unos y otros se denominan por los nombres (sustantivos y adjetivo) conceptuales, y por los verbos en conjugación (afirmativos y negativos) en el juicio.

Son curiosos los casos en que una misma palabra sirve para significar seres y valores o antivalores; así la palabra *tío* significa un hecho de parentesco, y con valor ponderativo —como cuando decimos: «¡Vaya un tío!»— o imprecativo: «¡Ese es un tío!».

No necesito insistir sobre el vocabulario positivo, que es familiar a todo el mundo y con el que designamos cosas u objetos, como árbol, perro, armario, etc.; actos humanos —como el de digerir, ver y calcular—, y sujetos, como el yo y el nosotros. Todos ellos entran en la categoría de cualidad. A la cantidad se refieren los de extensión y duración, singularidad y pluralidad de cualidades. La cualidad y la cantidad tienen, respectivamente, unas modalidades lingüísticas peculiares en lo escrito, que son las del pentagrama y sus notas para los sonidos musicales y en los signos matemáticos, numerales o literales, con sus operaciones (de adición, sustracción, multiplicación y división, elevación a potencias y extracción de raíces), de números positivos o negativos y de cálculo infinitesimal.

El vocabulario *ponderativo* de valores lo es también de puras cualidades—como bondad, belleza—o de puras cantidades—como grande, pequeño, rápido, lento—con palabras referentes a cosas (armonía), actos (generosidad) y a sujetos (soberbia). Pocas palabras, relativamente, se dan que signifiquen puros seres o puros valores; la mayoría envuelven un sentido mixto de realidad y valor en la doble perspectiva de realidades valoradas o de valores realizados.

Entrando ya en el vocabulario de valoración, debo advertir, ante todo, que las palabras tienen una dignidad, no sólo por lo que significan, sino porque son adoptadas por clases más o menos

educadas, en actos más o menos relevantes, en circunstancias más o menos solemnes; así se dan palabras calificadas de cultas y otras de vulgares y hasta de groseras, pero que designan las mismas realidades. Este valor que tienen las palabras por sí mismas y no por lo que significan, se lo confiere el uso que de ellas se hace y es puramente convencional.

También se debe descontar de la significación estimativa del lenguaje el tono sentimental que las palabras designativas de seres o realidades cobran de su asociación con sentimientos a estos anejos. Así, las palabras inquisición, revolución, patíbulo, anarquía, autocracia, burguesía, proletariado, libertad, reacción..., van impregnadas de sentimentalismo a ellas inherente y por ellas evocado. Esto también ocurre con vocablos de la misma etimología, pero matizados de diversa sentimentalidad, como hospedaje, hospitalidad, hospedería, hotel, hospital, hospicio y otros entre sí afines, como artesano y artista; escritor o escribiente, autor y actor teatral.

Asimismo he de hacer una distinción entre las palabras significativas de una valoración de hechos y de hechos de valoración, lo que realizamos, a veces, con el mismo vocablo. Así, el sustantivo «censura» tiene el sentido de un hecho de valoración, cuando decimos de alguien que ha sometido un libro a la censura; y de valoración de hecho cuando decimos que tal libro ha sido calificado de censurable. La palabra «crítica» es afín a la censura, según se signifique por ella una crítica constructiva, selectiva o disolvente. Lo propio ocurre en lo social, en vocablos como aristocracia, burguesía, plebe... significativos del hecho de pertenecer a esas clases sociales, o de participar de su mentalidad. De origen histórico son las palabras «conducta cínica, amor platónico, valor estoico, epicúrea elegancia», significativas de individuos o escuelas caracterizados por determinados valores o de éstos vinculados a aquéllos.

Por último, es de notar que la valoración cuantitativa o cualitativa de algo o de alguien puede hacerse refiriéndose directamente a él—como cuando decimos de algo que es grande, de algo que es bueno—o al juicio que merece a las personas; así se encomia una cuando se la llama admirable, apetecible o amable, o bien célebre, famoso, ilustre, inmortal; o al revés, cuando se la vitupera llamándola despreciable u odiosa, o bien oscuro y desconocido.

Entrando ya en materia, haré notar que es curioso que el vocabulario empleado y las disciplinas que pasan por puramente científicas, o sea, dedicadas al puro conocimiento de los seres, se nos muestran impregnadas de un sentido de valoración y estimación de los mismos. Vamos a verlo sucesivamente en cada uno de los dominios científicos.

A) a) Empezando por las propiedades de carácter mecánico, cabe distinguir, dentro de las *cualitativas*, las del sentido *estático* o *dinámico*. Unas y otras son valoradas cuando, ya en su condición material son señaladas con determinados grados y, sobre todo, cuando de su sentido material pasan a tenerlo mental o moral, por una transposición metafórica. Así sucede en lo *estático*, a las palabras «agudo, árido, áspero, duro, blando, tenaz, muelle, compensación, preponderancia (estas últimas de "pesar" de la que viene también el pensamiento), pureza o impureza, rectitud o regularidad, reforma, informalidad y deformación, rigidez y rigor, atormentado y tortuoso, tierno y suave, contento (de tener), vanidad y vaciedad». En lo *dinámico* ocurre otro tanto con las palabras caer y decaer, accidente y ocaso, precisión y concisión (de «scindere», cortar), dúctil y maleable, frágil, golpe (del cual viene «culpa»), fallar (de donde falible e infalible) y faltar, defender y ofender (de hender), conflicto y aflicción, indiferente y sufrimiento (de *ferre*, llevar); relajación, infracción, ruína (de «ruere»), caer, disipación, desolación, contrición y detrimento (de «terere», triturar), vejar e invectiva (de «vehere», llevar) desenvuelto, revuelto, revolución (de volver), perverso y malversación (de «verter»).

b) Significan valores más bien cuantitativos, palabras de sentido *estático*, como fuerte, denso, macizo, pesado, firme, repleto, menudo, minucioso, complejo y complicado, mole y escrúpulo o piedrecita; sutil, tenaz, íntegro. De sentido *dinámico*, son más bien: vehemente, veloz, voluble, fértil, impetuoso y otras por el estilo. En la palabra ligero se advierte a la vez el doble sentido *estático* (leve de peso o densidad), y *dinámico* (rápido), entre sí condicionados.

c) Es frecuente el tránsito de un sentido inicialmente *cualitativo* a otro *cuantitativo*. Así lo conciso y lo compendioso equivalen a lo resumido, lo excesivo y superfluo a lo sobrante; lo llamado trascendental, por rebasar de un orden a otro, quiere decir algo importante; la rapidez (de *rapere*, arrebatar), viene a

ser sinónimo de velocidad; la inundación y la abundancia (de abundo) acaban significando una gran cantidad. También significan no sólo en lo material, sino en lo mental, una cantidad grande de palabras como imponente e importante y una cantidad pequeña la indisposición y lo soportable. Se dan asimismo casos de transición de lo *cuantitativo* a lo *cualitativo*; como autoridad (de «augere» aumentar), y adecuado, y la parcialidad (de parte) viene a ser la injusticia y la complicidad, es algo *más que* la complicación. La cotización es la contribución a un bien común por partes alicuotas.

d) El *artificio* humano sobre la materia en su aspecto *mecánico* se ha traducido también en una valoración cualitativa de matices variados reflejados en la palabra arte y artilugio, artesano y artista. Un báculo es símbolo de ayuda, un cáliz, de amargura, una columna, de fortaleza en el apoyo. La cultura ha pasado del campo (agricultura) a la del espíritu; la edificación, de la construcción al buen ejemplo moral; el urdir y el protestar de la labor textil a la vida social. En ella se habla también de naufragios, de un ánora o ancla de salvación; así como de cloacas, bajos fondos y sentinas de inmoralidad. De la rueda de un molino viene el emolumento; del puerto, la oportunidad; de la miga de pan, la de un pensamiento; la bomba ha venido a significar una noticia sensacional, y la ampulosidad de un estilo retórico deriva de la ampolla. A estas significaciones de valor más bien *cualitativo*, se añaden las *cuantitativas*, como una miniatura (de minio) viene a ser una imagen muy pequeña; se dice una calamidad de cálamo o pluma, para significar una gran desgracia, y un imbécil (carente de báculo), para un hombre corto de luces; lo cardinal (de *cardo* o quicio), es lo principal de un asunto, y lo trivial (de tres vías), lo asendereado (de senda) y lo rutinario (de ruta), lo corriente y vulgar.

B) Las propiedades de la materia estrictamente *físicas* y más bien cualitativas que afectan a los cinco sentidos, se prestan asimismo a ser valoradas y transferidas como tales al orden mental y moral, tanto en lo cualitativo como en lo cuantitativo. Así en el sentido de la *vista*, tenemos como *cualitativas* la candidez y el candor y hasta el *candidato* (de cándido, blanco) y denigrante, (de negro); y como *cuantitativos* e intensivos, lo luminoso, lúcido, brillante, espléndido, ilustre, esclarecido, en el sentido positivo; y en el negativo lo oscuro, pálido, tenebroso. Las palabras fla-

mante, flagrante, fulminante, designan lo cuantitativo por lo cualitativo. También afectan a lo visual palabras como tacha, mancha, contaminación, inmundicia, de acentuado sentido moral. Al dominio del *oído*, se refiere en lo *cualitativo* lo consonante y acorde y sus contrarios lo disonante y desacorde, y en lo *cuantitativo* lo sonoro, lo vibrante y lo silencioso. En orden al *gusto* tenemos lo amargo, lo agrio y lo dulce. En orden al *olfato*, lo perfumado, y lo aromático y lo fétido, lo rancio y hasta el rencor. En cuanto al *tacto*, su aspecto mecánico se presta a denominaciones como tacto diplomático, y en el *término* tenemos lo caliente y lo frío, con su intermedio de lo tibio y sus extremos lo ardiente y lo glacial, palabras tan utilizadas en el dominio sentimental y hasta lo álgido o sumamente frío, como significativo de toda cumbre. Nótese finalmente las denominaciones transitorias de un sentido a otro, en virtud de la llamada *sinestesia*: así se habla de sonidos apagados, de escalas cromáticas, de conceptos brillantes, voces dulces, colores chillones, tonos cálidos, tiempos duros y temperaturas crudas.

C) Los cuerpos *químicos* se prestan también a la valoración, ya que en ellos se habla de cuerpos puros y de metales acrisolados o preciosos como el oro, de donde viene lo áureo y la aureola, sólo superados por la perla.

D) Cuando se pasa del ser material al *ser viviente*, el vocabulario de valoración se enriquece extraordinariamente.

a) Ya la *vida vegetativa* nos ofrece valores significativos por los epítetos de sentido orgánico: radical (de raíz), florido (de flor), y fructuoso (de fruto), robustez (de roble); y de sentido funcional: (se habla de un discurso nutrido de argumentos, de una idea digerida), y de la generación derivan las palabras generoso, degenerado, gentil, ingenioso, ingeniero, genial, así como el afecto paternal o filial, el patrimonio y el patriotismo.

En la *vida animal* se da ya la aparición de la conciencia, pero todavía de rango inferior; por donde la denominación misma de animal, bruto, bestia, es considerada como un insulto. En la actividad perceptiva o sensible, hay denominaciones estimativas referentes a los varios sentidos; así, a la *vista*, se refiere maravilla (de mirar), y espectacular, especioso, respeto, sospecha y despecho, que provienen de la raíz del verbo *spicere* (mirar); al *oído*, palabras como obediencia (de ob-audire, oír); al *gusto*, esta misma palabra usada a propósito de los valores estéticos, como buen

gusto literario o artístico; y al *olfato*, el olor, que puede ser a podrido, a sano, o a santo (morir en olor de santidad). La misma palabra sensibilidad es empleada en la doble acepción de la facultad de sentir y de susceptibilidad sentimental y en el de sensual y sensacional contrapuesto al sensorial.

En la *actividad ejecutiva*, mental y corporal a la vez, se dan denominaciones de valor *cuantitativo*, como la de ambicioso (de «ambire»), impetuoso, voraz, vuelo y revuelo, violento y revulsivo, que significan una fuerza mal aplicada, al revés de la significada por la palabra virtud. Entrañan más bien una significación *cualitativa contrapuesta*, verbos de movimiento, como progresar y retroceder, acceder e interceder, socorrer o incurrir, conciliar y claudicar, prestar y prostituir, caer y recaer, y sustantivo como sublevación e insurrección contra el poder legítimo. La actuación sobre los objetos se significa por el precepto y la prohibición, la conducta y la reducción, la selección y la dilección, la diligencia y la elegancia, la obligación y la religión, el motivo y el motín, la petulancia y la competencia, el pillo y el pillaje, la rapiña y el rapaz; la reprensión dirige al hombre. Los instintos o cualidades salientes de los animales se adoptan como símbolos de cualidades calificantes y descalificantes, como cordero, águila, asno o borrico, una intención felina, una porquería; o neutro, como capricho (falto de cabra), o pulular (como los pollos). Hacen referencia al orden animal expresiones como tener una gran cabeza, un corazón de oro, que nos hace cordiales, y *hasta misericordiosos*; son descalificantes los de caracteres crueles (cruor, sangre), y atrabiliarios, de negra bilis. Se refieren también a órganos corporales las palabras valorativas, como insinuante (de seno); carnal, de carne y repugnante, de puño; sofocante (de fauces), en sentido *cualitativo*; y lo son de *cuantitativo* las palabras recalcitrante (de calx, talón), exuberante (de uber, pecho), capital (de caput, cabeza), caudaloso (de cauda, cola); encarnizado, de carne; sanguinario, de sangre; nervioso, de nervios, y corpulento, de cuerpo; la diestra y la siniestra se toman de las manos derecha e izquierda, de diferente habilidad; las denominaciones de afeminado se toman del sexo y la de pueril de la edad. En lo funcional se habla de una poesía inspirada, primer tiempo de la respiración.

b) El orden de las relaciones psicofisiológicas tiene también una gran aportación a este tema.

En la actividad *perceptiva visual* se habla de admiración, de maravilloso y hasta de milagro (de miraculum); de perspicaz, circunspecto; de represalia y reprensión; de insidia y de subsidio; de idéntica raíz, pero de tan distinta significación. Dicha actuación se refiere en ocasiones al instrumento que se utiliza; así, la paliza se vale del palo; el caballero, del caballo; una cuestión espinosa es la erizada de dificultades; la consideración se toma de la de los astros (sidera); frugalidad, de fruto; pintoresco, del paisaje que se presta a la pintura; lúbrico, del suelo resbaladizo; manso, del animal que se deja manejar.

En el orden de la actividad *significativa y exclusiva* se dan valoraciones *cuantitativas*—como las de clamor y el insulto (de salto), y la vociferación—, y *cualitativas*, como la angustia y la ansiedad (opresión de la garganta), el horror y el aborrecimiento o apartamiento (de abhorrere); la altanería y la humildad (inclinación al humus de la tierra); la súplica y el suplicio consiguiente; la intrepidez y el encogimiento, lo prosaico y lo satírico. Finalmente, la vivacidad representa un grado señalado en el valor expresivo de la palabra y de la gesticulación.

c) Ya en la *actividad puramente mental* humana, ante todo *individual*, se da, desde luego, la palabra conciencia, de tan distinto sentido en Psicología (tener conciencia de algo) y en la Moral (deber o poder hacer algo). Las palabras atención y distinción se prestan no sólo a significar hechos mentales, sino también valores: tener atenciones con una persona distinguida a la que se muestra reconocido. Asimismo las palabras fantasía, sueño, invención, pueden significar un acto normal o algo ilusorio: no es lo mismo un vidente que un visionario. Algo análogo ocurre con la palabra ideal, como mera idea abstracta o como meta de perfección. De la palabra mente derivan las palabras demente, mendaz y enmienda, de tan acusada valoración, como de ánimo, la animosidad y la animadversión. La lógica tiene su valor en la verdad de los juicios y la consecuencia de la argumentación, cuyos contravalores son el prejuicio y la argucia. También la voluntad tiene su lógica contra la que va la arbitrariedad. Se da una gradación de valores al pasar del temor al terror, de la valentía a la audacia y a la temeridad, de la ira a la furia, de la abstracción a lo abstruso. A veces esta diferencia de intensidad acusa cierta descalificación: la credulidad es un exceso de creencia. Otras veces lo cuantitativo y lo cualitativo

corren parejas como en lo moral, que significa etimológicamente lo acostumbrado y luego lo bueno y lo debido; de lucro viene lo lucrativo; la pasión significa ora la vehemencia, ora la malicia, y aun el sufrimiento, y se halla latente en la paciencia. Otras veces se dan curiosas transiciones de lo cuantitativo a lo cualitativo: así lo formidable y lo terrible han venido a significar lo grande, así como de amonestar viene lo monumental y lo monstruoso; del uso, lo usual y lo abusivo. De miedo viene lo miedoso y lo meticoloso, y de libre lo libertino y lo liberal, como de licencia el licenciado y lo licencioso y de medio lo mediano y lo mediocre.

Al pasar de lo individual a lo *social*, el lenguaje da lugar a lo fabuloso, famoso, fanático y facundia, denominaciones *cuantitativas* o bien *cualitativas*, como la misma de fabuloso (irreal), la fama buena o mala y la infamia, la difamación, la afabilidad, lo profano, la infancia y el infante. Algo parecido ocurre con la palabra «loqui» (hablar) de que procede locuaz y elocuente, así como de letra viene letrado. La lección significa el hecho de leer y el valor de lo leído, cuando no su falta de verdad (leyenda). El libelo es un libro descalificado, y lo copioso, lo abundante de la copia, que siendo secreta se llama plagio. Los días fastos contrastan con los nefastos, y el hado o fatum, con la fatalidad. La fe da lugar a la fidelidad, a la perfidia y a la confianza, como la creencia al crédito. La autoridad significa ascendiente para mandar o enseñar y a ella corresponde la obediencia o disciplina (de *discere*); aprender con mayor o menor docilidad (de *docere*, enseñar), sin incurrir en la adulación y el servilismo. La docencia se ejerce con palabras y con hechos (ejemplaridad, emulación); entre iguales se da también la competencia, que no es sólo pericia, sino también rivalidad; en servicios acreedores a la remuneración, sin incurrir en la venalidad, o simplemente a la gratitud. Las clases sociales—nobleza, villanía—se resienten de valoración, así como la turba y masa popular, a menudo turbulenta y perturbadora, y la popularidad degenera en la populachería. La palabra prestigio, significativa inicialmente de ilusión (prestidigitación), ha venido a significar influencia bien ganada; en cambio, lo común y vulgar viene a ser sinónimo de medianía y lo sólito o acostumbrado se contrapone a lo insólito y lo insolente.

En la modalidad social de lo *jurídico*, se da la jerarquía política de la aristocracia o gobierno de los mejores y de la tiranía

y el despotismo o potestad al principio significativa de uno solo y luego abusiva; asimismo la democracia degenera en la demagogia. El Derecho expresado en la ley se presta a las dos modalidades de legal y de legítimo, así como el uso al abuso, a la usura y la usurpación. El juicio del poder judicial da lugar al perjuicio en el condenado a una prestación o a una pena.

d) Tanto en el dominio individual como en el social se da el sujeto humano significado por pronombres personales, de sentido real o afectivo o sentimental—el yo y los otros—, según se diga «mi médico, mi querido amigo»; frente al tú y el nosotros, extraños cuando no hostiles a mí. El trato social de los individuos se hace de tú y de usted (contracción de vuestra merced), significativas de mayor o menor familiaridad, además de los tratamientos más respetuosos de excelencia y eminencia, majestad y santidad. Los pronombres plurales no significan sólo una pluralidad de yo, tú o él, sino su unificación o interiorización bajo uno de los vínculos sociales de información y conformidad, cooperación o afección. Las palabras egoísmo y altruismo pueden significar lo propio y lo ajeno o el exclusivismo con que los estimamos. Las personas colectivas tienen como las particulares sus nombres propios, como las naciones y las sociedades que irradian también su prestigio mayor o menor en la vida social. El pronombre *se* designa una colectividad anónima o masa o gente—el gentío se dice de la gente numerosa—.

e) El espacio y el tiempo en que se da todo lo anteriormente dicho se prestan también a la valoración.

En el *espacio* se habla de superficialidad y de profundidad; de superioridad y de inferioridad. La figuración geométrica ofrece denominaciones de valor, como centrado, y de antivalor, como las de excéntrico, extraño, extravagante, y las de aborrecido, disparate, ultraje. De lo primero nace la primacía, lo primordial, lo principal y lo primoroso; en cambio, de lo segundo nace lo secundario, cuando no lo sectario. Lo mediano coincide en su etimología con medida y mesura, a la que añade la moderación. De proximidad viene el próximo y de punto la puntualidad. Los partidos políticos se califican de derechistas y de izquierdistas cuando no de centristas o extremistas.

En el tiempo se da lo antiguo y lo moderno, calificados de anticuados o arcaicos y de modernistas; lo evolutivo y lo revolucionario, lo rancio y lo novedoso. Los partidos políticos se definen

como conservadores o tradicionalistas y como innovadores y progresistas o simplemente reformistas.

Lo contenido en el espacio y el tiempo es la cosmografía—en la que se da la distinción entre el cielo y el infierno o inferior, como símbolo de todos los bienes y males—. Y en lo geográfico los accidentes dan lugar a denominaciones como escollo, o dificultad; volcán de pasiones, asunto nebuloso, tempestad de odios, serenidad de juicio; lo rústico (de campo); y hasta lo salvaje (de selva); y lo urbano. Lo eminente es lo que descuello en el espacio y lo inminente lo que amenaza en el tiempo. Lo peregrino viene a ser lo raro, y lo solemne, lo que se hace una vez al año.

f) Finalmente hasta en las alturas de la ontología y la metafísica se acoge el lenguaje de valoración; así, se habla de lo sustancial y lo esencial en el doble sentido de realidad y de valor, en contraste con lo accidental considerado como accesorio y aun como peligroso y desgraciado. Sentido extravagante son los de ente, por un ser ridículo y fenómeno, como algo raro y grande y hasta monstruoso. Al fenómeno como afirmación de algo se opone lo trascendental, ulterior a ello. Del modo de ser han venido el modelo, la moda, la comodidad y el módulo en lo cualitativo; y en lo cuantitativo, la modestia, la moderación y lo módico. Del verbo haber procede la habilidad y el hábito, y de la alteridad o diferencia entre los seres, el adulterio, lo subalterno y lo neutral. La nada o falta de ser se compone con la nulidad. Es la negación de algo que le es a uno debido, o carencia de valor. El fin puede significar un simple término, pero también el valioso. De agere, hacer, viene lo ágil, lo exiguo y lo exacto, y del facere o hacer, lo fácil y lo difícil, lo defectuoso, el beneficio y el sacrificio, y la satisfacción. De lo fortuito viene la fortuna, y de la suerte, la buena suerte. De potencialidad, el gran poder de quien es toda una potencia, y al poder se contraponen el deber en lo físico y en lo moral.

De los numerosos ejemplos aducidos cabe destacar el hecho de que una misma palabra o con ligeras variantes dé lugar a sentidos de valoración *diversa*, y hasta *contraria*, posteriores a la realidad. Así, la *diversidad* entre lo pintado y lo pintoresco, lo airado y lo airoso, la pureza del agua y la de la intención y la virtud así llamada; la irregularidad de un verbo y la de un funcionario público; la formalidad en la escritura y en el cumplimiento de un contrato; la inocencia como ignorancia y como

falta de débito; la miseria de un pobre y lo miserable de un delincuente; la explotación de una mina y de un obrero; la especulación de un filósofo y el especular en la Bolsa; el desahogo de unas personas acomodadas y libres de escrúpulos; la misma palabra escrúpulo cuando significa el cuidado de una cuestión, o el temor de incurrir en una falta.

Con sentido *contrario*, cuando se habla de la regularidad de un reloj y de una salud nada más que regular; la condición del cargo honorario que se ejerce sin percibir honorarios; la palabra ministro, que empezó con la significación de la condición de servidor y ha acabado con la del que manda a todos. La envidia y la ambición, el orgullo y la soberbia, pasan por ser defectos, pero se habla también de nobles ambiciones, de santas envidias, que nos sentimos orgullosos de haber realizado una soberbia hazaña. Las palabras esclavo, cautivo, seducido, significan una triste condición, a menos que signifiquen estar prendido en las dulces redes del amor de una persona o de la belleza de un espectáculo. Todo ello plantea delicados problemas de interpretación en la que, desde luego, entra por mucho el concepto, pero también las palabras adyacentes—así, se dice ilustrada de una persona o de una revista, cuerpo luminoso o idea luminosa—, y también el orden en que se dan los epítetos anterior o posterior a los sustantivos a que efectan: No es lo mismo un pobre hombre que un hombre pobre; ni un simple hombre que un hombre simple; ni un real mozo que un mozo real; ni un alto personaje, que un personaje alto; ni de un paseo en el que había raras personas, se puede decir que fueran personas raras.

El *lenguaje figurado* se da en el de los valores igual que en el de realidades, y de ello hemos dado multitud de ejemplos. Señalemos, ante todo, la figura existente en considerar los valores como seres o propiedades de seres y no como puros valores. Así, del mérito y demérito se hace algo palpable y transferible de una persona a otra, y en nuestras cartas y visitas nos despedimos dando mil gracias y transmitiendo afectos y recuerdos sin tasa. Los dos vínculos que determinan el lenguaje figurado de los valores son los mismos que entre los seres, o sea, la *contigüidad* y la *semejanza*. En virtud de la *contigüidad*, se califican o descalifican creencias y costumbres por ser cultivadas en determinados medios geográficos (del campo o de la ciudad), o social (la corte, la nobleza, la plebe), y en determinado período históri-

co (lo antiguo y lo moderno). A esta contigüidad extrínseca se añade la intrínseca; así, estimamos un accidente como una desgracia que le viene a uno de dentro a fuera (le ha dado un accidente), o de fuera a dentro (ha tenido un accidente). En cambio, el azar está calificado de afortunado cuando es favorable. Se simbolizan valores mentales por los órganos en que radican (altanero y cabizbajo) y por los animales en que descuellan (la lealtad del perro, la astucia de la zorra, la candidez de la paloma, la laboriosidad de la hormiga). En cuanto a la *semejanza*, se dan las dos grandes figuras de la *personificación* de las fuerzas naturales (la atracción universal), o entre las personas (una tierra generosa, una playa hospitalaria, una mar embravecida, un cielo amenazador), y de la *materialización* de las energías mentales (la gravedad de un carácter, la solidez de una convicción, la ponderación de un juicio, de un acuerdo; lo negro de una situación, lo refinado de un gusto, lo inspirado de una poesía, lo excéntrico de una opinión). La moralidad se traduce en expresiones geométricas de dirección (elevación de miras), degradación de costumbres, rectitud de intención, extravío de conducta, y físicas (firmeza y debilidad, integridad y disolución de costumbres, mancha y suciedad del pecado y del vicio, contrapuestas a la pureza de la virtud). El Derecho significa rectitud, y la justicia, a veces exactitud y puntualidad: llegó justo a la hora. La fuerza se opone al derecho y a la justicia cuando no se pone a su servicio.

Finalmente se da una evaluación en la semántica de los valores como en la de las realidades, y de ello hemos ofrecido no pocos ejemplos; en la evolución del primero de los sentidos puede llegar a desaparecer (¿quién se acuerda de la aguijada al hablar de un estímulo, o de la sombra al pedir un sombrero, o del banco al asistir a un banquete?); en orden a los valores hay derivaciones de «*filiación*» y de «*fraternidad*». Así, por la «*filiación*» la palabra bárbaro empezó significando un extranjero y acabó por designar un inculto; un éxito es una salida cualquiera, pero ahora se entiende afortunada. Los prefijos contribuyen a dar un sentido de valor a lo que en su radical lo tenían sólo de realidad. Así, so-correr, re-crear, de-gradar, in-diferente. En los oficios ocurre lo mismo (de número, numeroso; de espacio, espacioso; de duración, duradero; de autoridad, autoritario). Así también en el cambiar de función gramatical; del verbo arrogarse ha salido el adjetivo

arrogante; de arrojar, arrojado; de disparar, el sustantivo disparate. Hay palabras de carácter histórico significativas de valores: vandalismo, lacónico, laberíntico, churrigueresco. El tránsito no se verifica siempre del sentido de realidad dada al sentido de valor, sino también al revés; así se llama protestante a quien ya no protesta, y compatriota a quien puede no ser patriota, o tren rápido al que sale a determinada hora. Como derivaciones de *fraternidad* semántica señalemos los sentidos de conducir y conducta, coincidencia y reincidencia, complicación y complicidad; el primero de ellos lo es de realidad y el segundo de valor. La moda y lo moderado tienen sentido de valor distintos, como la medida y la mesura. Lo real no es lo legal, ni lo lujoso lo lujurioso, ni lo grueso lo grosero, pese a su raíz común. Se llega incluso a valores antitéticos, en expresiones como liberalidad y libertinaje, oportunidad y oportunismo, patriotismo y patriotería, legisperito y leguleyo, servicial y servil, arbitral y arbitrario, artificial y artificioso, que aún acusan más lo complejo de la evolución verbal.

II

Frecuentemente en la exposición anterior nos hemos referido a la significación *cuantitativa* y *cualitativa* con su vocabulario correspondiente y aun a las transiciones de uno a otro y las combinaciones de uno con otro; y esto lo mismo en las denominaciones de conceptos de realidad y en los conceptos de valor. Conviene insistir en ello, porque los axiólogos actuales apenas se muestran sensibles a la valoración de la cantidad, una valoración que nada tiene de matemática, sino que es puramente estimativa. Así, pues, estas dos grandes categorías de cantidad y cualidad, ya diseñadas por Aristóteles, se dan en ambas dimensiones del pensamiento y de la palabra: la cognoscitiva y la estimativa y aún se dan no sólo separadamente, sino reduplicativamente en cada una de ellas y entre ellas, designándolas con los nombres de *ontológicas* y *axiológicas*. Esto nos queda por exponer para terminar la presente conferencia.

A) En los seres *ontológicamente* considerados.

a) Es fácil discernir las cualidades de la cantidad pura. Son cualitativos los sensibles de cada uno de los sentidos—la presión

y la temperatura, del tacto; la luz y los colores, de la vista; los sonidos, del oído; los sabores, del gusto, y los olores, del olfato—. Y sus complejos, que se dan en los cuerpos químicos y en los seres vivientes. Entre éstos se hallan los vivientes conscientes —animales y hombres—, cuya conciencia es un sistema de cualidades mentales cognoscitivas, afectivas y volitivas. También revisten un aspecto cualitativo el espacio y el tiempo en el que se dan con toda claridad y que estriba en su dirección. En contraste con la dimensión cuantitativa: dirección de superioridad y de inferioridad, anterioridad y posterioridad y lateralidad en el espacio, y de presente, pasado y futuro, y de simultaneidad, anterioridad y posterioridad en el tiempo; unos y otros interpretarlos en la relación con los objetos y del sujeto o de los objetos y sujetos entre sí.

La *cantidad* puede ser discreta o continua. La cantidad discreta se llama pluralidad de cualidades o de ejemplares de la misma cualidad, y la contigua extensión en el espacio y duración en el tiempo, posiblemente dinámica. Se llama masa a la cantidad más o menos densa y voluminosa de partículas de un cuerpo. Se dan también complejos heterogéneos de cualidades en los seres reales. También es modalidad cuantitativa la de la proximidad o lejanía de los objetos en el espacio y en el tiempo.

b) Lo que se llama *reduplicación* en ese dominio es el hecho de que se den *cualidades cualificadas*, *cantidades cuantificadas*, *cualidades cuantificadas* y *cantidades cualificadas*.

Así, una *cualidad cualificada* es el llamado matiz de los colores y el timbre en los sonidos. La cantidad cuantificada se da en la numeración y medida matemáticas—recuérdense las unidades de medida en el sistema métrico—susceptibles de cantidades superiores a la unidad o inferiores a ella (fraccionarios y decimales) hacia sus metas respectivas e inaccesibles, llamadas infinito e infinitesimal.

Se ofrece la *cualidad cuantificada* en la llamada *intensidad* o gradación, de mayor a menor, de la misma cualidad, tan visible en todas las sensoriales y en las mentales del juicio, del sentimiento, de la atención y de la voluntad. La tensión es la característica de éstas, que luego ha venido a decirse, en lo fisiológico, de la circulación, y se halla también latente en la atención mental. Las cualidades son susceptibles, por su intensidad, de grados; que se reflejan en los llamados, así del adjetivo: el positivo

(rojo), el superlativo (muy rojo, rojísimo) y el comparativo (más o menos rojo, hasta el máximo); a la intensidad procede agregar la *vivacidad* o grado decreciente de los sentidos a lo imaginario y abstracto, de lo palpado a lo visto, de lo reciente a lo antiguo, de lo próximo a lo remoto, de lo propio a lo ajeno, todo ello dentro del mismo grado de intensidad.

En cuanto a la *cantidad cualificada*, se da la continua en la figuración geométrica espacial y en la rítmica temporal y en la discreta, la ordenación que se designa con los números llamados ordinales. En toda percepción sensorial, por lo demás, se da una cuantificación cualificada desde el momento en que un excitante no se hace sensible sino al superar en su dosis el umbral absoluto o diferencial de la sensibilidad; así, los granos de polvo que flotan en el ambiente no son visibles ni palpables más que a favor de más luz y mayor volumen.

B) En el orden de los valores encontramos ahora algo de todo ello.

a) Adviértase, ante todo, que en castellano tenemos dos palabras, la *cualidad* y la *calidad*, para designar siempre realidades o valores. Así, decimos: He aquí una tela de cualidad de seda, y a continuación, de una seda de calidad, ponderando su valor.

Las *cualidades axiológicas* son las designadas clásicamente con los nombres de bondad, de belleza, de justicia y de verdad, con sus antivalores respectivos de maldad, fealdad, injusticia y error. Se muestran en el lenguaje intercambiables entre sí, y así, de un bello cuadro decimos que es un buen cuadro, y de una buena acción, que es una bella acción. La utilidad consiste en la eficacia ordenada al logro de un valor, como la nocividad de un antivalor; una y otra son calificaciones provisionales de medios a la de los fines a que se enderezan.

La *cantidad* es valorada cuando estimamos algo como grande o pequeño, muchos, pocos o bastantes, rápido o lento, sencillo o complicado, próximo o remoto en el espacio, o antiguo y reciente en el tiempo. La cantidad continua se señala como máxima, mínima y media, y la discreta, como mayoría y minoría, frecuente o rara, normal o anormal y hasta excepcional.

b) En la *reduplicación* se dan, ante todo, las *cualidades calificadas* cuando se dividen en clases. Hay muchas clases de bondad: la de placer y dolor y la de dignidad moral y, dentro de ellas, muchos tipos. Igualmente, de belleza, se dan la natural

y la artificial, de arte gráfico, escultural y musical y coreográfico, a más de la literaria, poética y prosaica, novelesca y teatral y, dentro de todo ello, diversos estilos. El placer y el dolor también se distinguen según sean sensibles, sobre todo táctiles o morales.

La *cantidad cuantificada* se ofrece en forma de aumento o disminución—más o menos, mayor o menor, máximo o mínimo—de las ya estimadas. Todo ello se hace patente en los grados del adjetivo, en sus formas de comparativo y superlativo. Pueden ellos significar gradación de pura realidad—como cuando decimos: «este traje es más corto que aquel otro», pero también de valor, si decimos «esta naranja es más sabrosa que esta otra» o «este hombre es más virtuoso o vicioso que este otro».

Se dan también *calificaciones de cantidades*, como cuando decimos de una persona que tiene buena estatura o que ha pagado una bonita suma por la adquisición de un cuadro. Para ponderar la abundancia de una cosa se dice que hay «peste» de ella, y en el desenfreno de epítetos que caracteriza a la actual generación califica de «formidable» el lleno de un teatro, de monstruo a un genio, y de «bárbaro» al gentío existente en un espectáculo. Las cantidades estimadas en su ser como normales, son luego cualitativamente estimadas como normativamente conformes o disconformes con lo que deben ser en razón de las exigencias de las normas de bondad, de verdad, de belleza o de justicia y el grado en que lo son.

Inversamente se ofrecen *cantidades calificadas*. Así, en el orden de la cantidad continua decimos para ponderar el valor de alguien que es una gran persona; del acierto de un artillero que hace magníficos blancos; y en el de la cantidad discreta, para exaltar el valor de algo o de alguien, decimos que es raro, singular, único (la rareza es una condición de cualidad para un coleccionista), y para descalificarlo, que es vulgar, corriente o adocenado.

La *gradación* de los *valores cualitativos* se presta también a la reduplicación, igualmente interpretable como una cualidad cuantificada o como una cantidad calificada. Ello se traduce, en orden a los *valores elementales*, al estimarlos como graves o leves, cual se dice de una enfermedad, de un problema a resolver, de un conflicto, de una obligación, de un pecado, o de una pena. Asimismo se da en lo intelectual la cualidad de certeza llamada

moral, o prudencial, debida a una acumulación de grados de probabilidad estimada suficiente a cada efecto, y en lo social se definen los pueblos como cultos, bárbaros o salvajes. Los llamados *valores de conjunto* se califican homogéneamente con plena heterogeneización de sus componentes por el valor que se estima dominante en ellos; de esto, tanto en orden a los valores cuantitativos—así se dice de Inglaterra que es un país protestante a pesar de los cinco millones de católicos que alberga—, como los cualitativos, calificando a tal conjunto de plenamente valioso o antivalioso, prescindiendo respectivamente de los antivalores o valores que encierran. Así las cosas y personas, doctrinas e instituciones son calificadas de buenas o malas, bellas o feas, justas e injustas, verdaderas o falsas, sin reserva alguna, cuando debieran, en rigor, calificarse de más o menos buenas, o malas, bellas o feas, justas o injustas, verdaderas o falsas. La imparcialidad consiste precisamente en el discernimiento de los conjuntos en cuestión en lo que tengan de valioso o antivalioso e incluso entre valores de diversa índole, como cuando decimos de una persona que es buena, pero tonta, o que es tonta, pero buena. Lo perfecto no se da en la realidad de este mundo ni en lo ontológico geométrico (no existe una circunferencia perfecta), o físico (ni un estado perfectamente sólido, líquido o gaseoso) y menos en lo axiológico: todo está señalado con imperfecciones o defectos que no siempre se tienen en cuenta, pero que no dejan de ser reales. Lo ideal no se da en la realidad, sino como una meta de una mayor o menor posible aproximación.

En todo ello se dan también a menudo *exageraciones* y *atenuaciones*. Se da la *exageración* al decir de un auditorio escaso, «que no había un alma», y de otro lleno, «que no cabía ya ni un alfiler». De una persona, que está muerta de miedo; de un ignorante, que es un borrico. En cambio, *atenuamos* en lo intelectual la condición de ignorancia cuando decimos de alguien que no es un águila, y en lo moral, que tiene sus debilidades y no es muy escrupuloso; y de un error de bulto, que no es exacto lo que de él se dice. Sin exagerar ni atenuar, decimos de un médico que ha salvado la vida de un enfermo y que ha diferido su muerte. Las modalidades de atenuación se designan con el nombre de *eufemismo*.

c) Las formas de *duplicación* más interesantes son las que se dan entre lo *ontológico* y lo *axiológico*, o sea, entre realidades y

valores y sus denominaciones, desde el doble punto de vista de la *cualidad y la cantidad*. Así se registran casos de *cualidades y cantidades ontológicas calificadas y cualificadas axiológicamente*, y viceversa, y también *cualidades ontológicas cuantificadas axiológicamente*, y *cantidades ontológicas calificadas axiológicamente*, y viceversa; de todo ello vamos a dar este ejemplo saliente:

a) Veamos, ante todo, el caso de las *cualidades ontológicas* o de realidades que terminan en *cualidades axiológicas* o de valores. La calificación de una persona por otra, atribuyéndole un hecho, se llamará calumnia, si el hecho en cuestión es falso y delictivo, o injuria, si la calificación es ofensiva. La imitación de una persona será descalificada como plagio. Una profesión de fe sería calificada por unos de conversión y por otros de apostasía. Los hechos jurídicos serán calificados en legales o ilegales, legítimos o ilegítimos, y la sublevación, como acto de rebeldía o cruzada de liberación contra el despotismo. Una sentencia judicial será calificada de justa o de injusta. La palabra «puro» significa un hecho, en «vino puro», y un valor, en «puro desatino», como la palabra original de un hecho en original de imprenta y el valor de una idea original, y así sucesivamente.

Las *calidades axiológicas*, o de valor, tienden también, a su vez, a encarnar en *cualidades ontológicas* o de realidad. La invención es el simple hecho de ocurrírsele a uno una idea nueva, pero ella, acertada o desacertada; pero el que sea acertada se debe a la inspiración sugeridora de la invención en cuestión. El espíritu o atención con que se adoptan acuerdos y dictan disposiciones literales no siempre coincide con la letra de ellos; pero «la letra mata y el espíritu vivifica», dice San Pablo. No es lo mismo tener una convicción que tener razón o profesarla, es decir, ser verdadera; lo primero es un hecho; lo segundo, un valor. Tampoco es lo mismo tener autoridad por todos reconocida (prestigiosa), que ejercer un cargo de autoridad; la de los Reyes es calificada de majestad, y la de los Papas, de santidad. El cumplimiento de un deber, sobre todo social, supone el mandamiento del mismo dispuesto a fórmulas de hecho, pero San Agustín las condensa a todas en una «Ama et fac quod vis», ama, y haz lo que quieras.

b) Análogas reduplicaciones se dan en lo *cuantitativo*: *cantidades ontológicas* tienden a serlo *axiológicas*, y viceversa.

Las *cantidades ontológicas* son registradas como hechos en la

estadística en su inmensa variedad de dotación y de distribución (ya que no hay iguales ni dos granos de aire ni dos gotas de agua). Los números resultantes de esta recensión son luego artificiosamente reducidos a un término medio, que es el resultante de dividir la suma de cada medida por el número de medidas realizadas. Pero este aparato matemático, y por tanto de realidades, viene a ser objeto de una *cuantificación estimativa* de las realidades o hechos en cuestión, como abundantes o escasos en orden al espacio, y frecuentes o raros en orden al tiempo, y al determinar los resultados de la estadística en su conjunto como de normales o de mayoría, que son de medianía, y anormales, los de las minorías por exceso (supra normales) y por defecto (infra normales). Prácticamente, los profesionales de la Medicina o de la Pedagogía se inspiran no tanto en las estadísticas como en su experiencia personal estimativa en el diagnóstico, pronóstico y tratamiento de los enfermos o de sus educandos: el llamado tacto u ojo clínico de tales profesionales (como el de los diplomáticos) es un juicio de valor cuantitativo.

Viceversa, la *cantidad axiológica* acaba de ser comprobada como *cantidad ontológica*. Cuando decimos de un espectáculo que había en él mucha gente, y alguien nos pregunta como cuántos, tenemos que precisarlo en cifras. No podemos entrar en un almacén pidiendo unos cuantos metros de tela o unos cuantos ejemplares de un libro: el tendero nos invitará a precisar el «cuánto». Al decir «hace mucho calor» o «mucho frío» se precisa también con los grados del termómetro, así como cuando estimamos caro o barato un artículo o un servicio, hay que fijar su precio. La llamada psicometría viene a traducir en cifras los grados de valoración intensiva en que se dan también las aptitudes de una persona con un criterio de valoración cuantitativa. Caben en todo ello exageraciones estimativas, que acaban en falsedades positivas, como cuando decimos de una persona que no ve más allá de sus narices, o de un amigo ausente, «que hace un siglo que no le veo»; de un enflaquecido, «que se está quedando en los huesos», y de un arruinado, «que se ha quedado sin una peseta». Al comparar una cosa o persona con otra o unas doctrinas con otras, incurrimos en la exageración de afirmarlas completamente iguales o absolutamente diversas, y al computar los pareceres de un pueblo, en la de suponerle unánime en tal o cual, y en

hablar en nombre de todos de él, cuando, a lo sumo, lo es de una mayoría.

g) Las reduplicaciones de que hablamos son más curiosas cuando lo son de *cualidades ontológicas* con *cantidades axiológicas* (o viceversa) o de *cualidades axiológicas* con *cantidades ontológicas* (o viceversa).

h) Ante todo, palabras *ontológicamente cualificadas* son *axiológicamente cualificadas*. Así, el hecho de saber, querer, poder o pagar algo es puramente ontológico; pero cuando este algo es mucho, es estimativamente designado por la palabra sabio, rico, poderoso, caro, y sus opuestas: ignorante, pobre, incapaz, barato. El ser hombre constituye una condición contrapuesta a la del animal o a la de la mujer, pero, a veces, a la de niños en su pura dimensión, como cuando decimos: «Fulano de Tal es ya un hombre»; la cuantificación estimativa se señala a veces en lo físico con epítetos o adjetivos, como río caudaloso, tiempo frío, altura colosal, y en lo mental, como clara inteligencia, carácter violento, voluntad perseverante. Hay verbos incoativos —como alborear, anochecer— y frecuentativos, como acostumar, acribillar, aplaudir, que también lo implican. Ello se traduce en el orden científico en multitud de conceptos y de denominaciones, más estimativas que positivas. Así, en lo mecánico, lo son las de los estados: sólido, líquido y gaseoso, frágil y tenaz, blando y duro, rígido y maleable, pesado o ligero; sin hablar de las físicas, en lo oscuro, claro, brillante, en óptica; templado, cálido, ardiente, en terminología, y otras mil por el estilo. Las palabras en serie se señalan por estos grados. Así, en lo mental, se habla de sospechas, opinión, convicción, dogma en lo cognoscitivo, y de sentimiento, emoción y pasión, y aprensión, temor, miedo y pánico, en lo afectivo. En la actividad motriz expresiva, no es lo mismo una sonrisa que la risa y la carcajada, y en la de traslación se puede ir al paso, al trote, al galope y a la carrera. En los accidentes geográficos se dan graduaciones seriadas, como brisa, viento, huracán, ciclón, tiniebla, lluvia, chubasco, tempestad, diluvio, charco y laguna, lago y mar; en nada de ello caben puntuaciones matemáticas y sí sólo juicios estimativos.

Inversamente, *cualidades axiológicas* vienen a ser *ontológicamente cuantificadas*. Así, en los exámenes, los jueces aprueban o suspenden a un candidato por estimarlo suficientemente impuesto o no en una materia; pero acaban dándole una puntuación

mayor o menor, cuya correspondencia con aquella calificación es un tanto arbitraria.

En los procesos de la voluntad se fija el término de un objeto elegido y disfrutado: el último bocado de un plato, la última chupada de un cigarro, el último paso de un paseo, la última palabra de una conversación. En la vida social se determina por votación numérica, no sólo la justicia de una ley, sino la verdad de una doctrina, cuando lo cierto es que uno solo puede tener razón contra todos.

i) Asimismo, *cantidades ontológicas* son luego *axiológicamente calificadas*. Es curiosa la impresión que a tal efecto producen los números calificados de redondos y hasta de bonitos, y cómo son calificados al pasar de una decena a otra, o de un centenario a otro (se celebran los centenarios); las rebajas de precios son asimismo estimadas como tales con tal que bajen de un número redondo; igualmente el horario de los trenes, por diferencia de minutos de una hora. El término medio de una cuantificación ontológica viene a definir el estado de salud —la enfermedad se da como un exceso o defecto— (aparte de la desviación cualitativa) de un órgano o de una función, así como la condición de virtud es equidistante de los extremos igualmente viciosos.

Según hemos ejemplificado anteriormente, los grados del ser del árbol de Porfirio —material, vegetal, animal, hombre— son interpretados por unos como ontológicamente discontinuos, y por otros (los evolucionistas), como continuos; pero éstos no dejan de diferenciarlos axiológicamente, y así un evolucionista se sentirá ofendido al oírse llamar animal, a pesar de creer que entre él y el hombre no hay diferencia esencial. Los antiguos decían que el más o el menos no alteran la naturaleza de las cosas, pero ello no rige en lo estimativo.

Al revés, *cantidades axiológicas* abocan a *cualidades ontológicas*. Así, en geografía, una isla es una superficie de tierra rodeada de agua, como un lago lo es de agua rodeada de tierra; pero nadie llama isla a Australia, ni menos al complejo euroasiático, a pesar de estar rodeados de agua, ni lago al mar Caspio; para ser una isla o lago debieran ser más pequeños. Un montón debía ser un monte grande, y significa un monte pequeño. En historia, la división por Edades no se da por cualquier innovación, sino por una considerada como grande y destacada; dentro de las Edades caben períodos que lo son menos, como señalados por aconteci-

mientos de menor importancia. Tanto en geografía como en historia, las unidades axiológicas distinguidas por su dimensión no lo son ontológicamente.

Basta repasar lo últimamente dicho para percatarse de la importancia que tienen los temas apuntados para la solución de los problemas filosóficos concernientes sobre todo a la jerarquía de los seres en su continuidad o discontinuidad, o sea, su diferencia cualitativa o cuantitativa, y el valor de las funciones mentales cognoscitivas, afectivas o volitivas, no por sus grados de normalidad histórica, sino por las exigencias de su normatividad lógica, ética, estética y jurídica en orden a las doctrinas abstractas y en el de sus aplicaciones casuísticas. El estudio de un vocabulario lingüístico no resuelve nada, pero sugiere, con su enorme variedad semántica, las soluciones posibles y discutibles.

Por lo demás, como se enseña en la lógica clásica, el alcance de los conceptos y de las palabras que los significan se mide por su comprensión y su extensión. La comprensión es el número de notas de que constan, y la extensión, el número de especies o de individuos a que se aplican. Una y otra se hallan en relación inversa, de modo que cuando aumenta la comprensión, disminuye la extensión, y viceversa, y culminan en la noción del ser, la más pobre en comprensión y la más rica en extensión, y de la de Dios, el más rico en comprensión y el más pobre en extensión, puesto que no cabe más que un Dios, que se define como el Ser Supremo y el valor supremo, mayor y mejor que el cual no cabe pensar otro, y del cual son participación los seres y valores de las criaturas. Dios viene a ser como el ideal realizado.